



Adolescentes en el ojo del huracán

Clotilde Badal-Leguín*

NOTA DE LA REDACCIÓN:

La importancia del Segundo Festival de Cine Independiente Norteamericano estribó en la apertura hacia la muestra de la otra cara de América, que no presentan las grandes producciones de Hollywood. La libertad de expresión artística de estas cintas aborda temas y enfoques poco usuales en los "blockbusters": la crítica social y política; las exploraciones de índole personal, psicológico y estético; las nuevas perspectivas que provocan el pensamiento disidente tan necesario para los debates abiertos propios de la democracia. La muestra de este año ha incluido visiones personales y controversiales sobre la nueva generación de adolescentes y los problemas de su socialización en un entorno de cultura violenta (*Elephant*, *Thirteen –A los trece–*, *Bowling for Columbine –Masacre en Columbine–*). La siguiente reseña centra su mirada en la película "Elephant" galardonada en Cannes.

La enfermedad de la transmisión

Nuestra época parece especialmente tocada por la pérdida de la transmisión. Lo que, justamente, debería pasar de una generación a otra, al contrario, se ha apagado. Cada vez es más difícil inscribirse en el tiempo. Y el adolescente se encuentra de la misma manera frente a un vacío que no le permite superar la destructividad interna de la que es presa.

El cine americano actual testimonia esta nueva forma de la crisis de la adolescencia poniendo en escena el personaje del adolescente asesino y sanguinario. El impasse en el que se encontrarían los adolescentes viene a veces a formularse en forma trágica a través de crímenes bárbaros de los que son agentes. Gus Van Sant en su obra maestra *Elephant*, da cuenta de manera singular de una masacre que tuvo lugar el 20 de abril de 1999 en los Estados Unidos en el liceo de Columbine, cuando dos liceístas mataron sin motivo a una quincena de liceístas del mismo centro, antes de darse la muerte ellos mismos.

Flash

Clint Eastwood, en *Mystic River*, también narra el drama en que dos preadolescentes matan a una joven mujer, sin motivo particular; *Murderers without a cause*, en cierta medida. El punto común entre estos dos filmes, es sin duda y en primer lugar la masacre por nada, es el hecho de matar por matar, es la muerte por la muerte. El mal sin ninguna dialéctica con el bien: el mal en estado puro. Aunque, uno puede pensar que si estos actos no se explican, sin embargo revelan un malestar que no es solamente el de los adolescentes, sino también de la sociedad misma, o para ser más precisos, el del vínculo social y de relación entre las generaciones. Como escribe acertadamente el crítico de cine Jean-Marc Lalanne: "Matado o violado, asesino o suicida, el adolescente es en todo caso el punto de virulencia de las más fuertes ficciones americanas contemporáneas. Este lugar de pasaje -de un estado de experiencia (la infancia) al otro (la edad adulta) ha llegado a ser el ojo del ciclón, donde todo se origina y hacia el que todo converge. ¿Qué hereda el adolescente y qué puede hacer? He aquí de qué hace falta partir para pensar en la gran enfermedad de la transmisión que descompone el mundo" (Cahiers de Cinéma, n° 538, 2003).

Queremos interrogarnos sobre esta gran enfermedad de transmisión. El elogio que actualmente se hace de la transmisión es el signo de su desuso; una transmisión que necesita de elogio es una transmisión perdida. Clint Eastwood da su versión particular sobre la enfermedad de la transmisión: los dos jóvenes asesinos han matado a la víctima con un arma, que era el único objeto que les quedaba de su padre desaparecido. El cine americano nos invita entonces a plantearnos una pregunta: ¿qué puede hacer el adolescente de lo que hereda? Y ¿puede encontrarse en esta interrogación una vía para comprender el impasse que testimonian estos diversos hechos mórbidos?.

El sin-sentido histórico

¿Quiénes son estos adolescentes que han matado friamente a sus semejantes? Alex es precisamente un adolescente que se ha jubilado de la sesión matutina, ha encargado armas por internet, después de haber ejecutado en piano como todos los días *La Carta a Elisa* en su habitación, mientras que su camarada juega a tumbar unos personajes con un videojuego, tumbado sobre su lecho. Ellos son también seres comunes. Son adolescentes como los demás. En espera de que su pedido llegue, los dos jóvenes muchachos hacen zapping sobre las cadenas de televisión y caen en un reportaje histórico sobre los nazis. Ante un desfile del ejército hitleriano y las banderas de cruz gamada, uno de ellos se interroga: "¿Qué son esas chifladuras?". El otro le responde riéndose: "No lo sé". Flotan en el sin-sentido, sin la menor conciencia del pasado, de la historia, de su historia, incluso de la historia de América. Y su proyecto asesino participa también de esta ausencia total de significación. Estos adolescentes son presentados ante todo como divirtiéndose entre ellos, de este aburrimiento que se nutre a la vez del sin-sentido, de la ignorancia y del abandono. Están librados a sí mismos sin comprender a qué mundo pertenecen, sin saber cómo inscribirse en este mundo. El que les remitirá el paquete postal les hará firmar la factura de entrega, sin percatarse de la violencia que ruje en ellos, deseándoles, simplemente, un buen día. En todo la indiferencia.

Las causas del impasse

Si no da una explicación única, al menos esta película se plantea la pregunta del vacío existencial, del sin-sentido, de la soledad y del aburrimiento, a partir de la clave de la ausencia de transmisión.

La ausencia de transmisión en este liceo de Portland de donde el saber se ha retirado puede ser leída como una de las causas hipotéticas del drama. Jean-Claude Milner evocaba, después de un foro de "psy" en la Mutualidad, el malestar de los

profesores de hoy a quienes hoy se han dado todas las consignas más contradictorias, y que no saben ya qué hacer con su saber:

"Se han nublado los espíritus de los que enseñan hasta el punto de que ya no saben literalmente qué hacer; enseñar conocimientos o no, aceptar la ignorancia en una admiración beata o combatirla (...). Se les ha dicho todo y lo contrario, pero, en el fondo, no se les ha dicho más que una sola cosa; (...) conviértanse al llamamiento de los tiempos modernos y acepten hacer muy mal lo que no solamente no saben hacer, sino que es su deber no saber hacerlo" (Forum de "psy", Jacques Alain Miller).

El único mensaje claro que dan es, pues, finalmente: "No transmitan lo que no saben". Entonces se puede decir que el elogio de la transmisión no es más que una tentativa por hacer olvidar el odio de la transmisión, propia de nuestra época. Gus Van Sant muestra en todo caso, también él, la ausencia de transmisión y sus estragos. Ausencia de transmisión tanto del saber como del amor. Los padres no parecen saber amar, los profesores no parecen saber hablar, los adolescentes no parecen, pues, saber cómo existir.

Ausencia de transmisión, reino de la indiferencia, desaparición del deseo: tres causas, tal vez, de esta nueva figura de la crisis de la adolescencia. El significante de *Elephant* viene en lugar del horror para decir lo que surge de ninguna parte y que es esta violencia desnuda, sin motivo y sin nombre: la pura fruición de la muerte. Lo que queda cuando el afán de vivir ha desaparecido.

.....
*Profesora Agregada de Filosofía y Psicología (Études, Juin 2004, N° 4006)